

LA VIRGEN DE LA CARIDAD RECORRE NUESTRAS IGLESIAS

(Diciembre 1989)

¡Viva la Virgen de la Caridad! ¡Viva el Papa! Son aclamaciones familiares para los que hemos asistido durante estos dos últimos meses a las iglesias del Cerro y del Vedado que han acogido, con el entusiasmo de multitudes desbordantes, la imagen peregrina de la Patrona de Cuba.

Este peregrinar de la Virgen está asociado a la venida a Cuba del Papa Juan Pablo II, pues en nuestra Arquidiócesis de La Habana hemos querido preparar la visita del Santo Padre por medio de una misión que se extiende progresivamente a todas las iglesias a medida que pasa por ellas la imagen peregrina de la Virgen de la Caridad.

Un grupo de reporteros de la TV italiana que transitaba frente a alguna de las iglesias de la ciudad, al leer los carteles que anuncian la venida del Papa y ver el flujo incesante de fieles que visitan a la Virgen, tuvieron la impresión de que el viaje del Santo Padre sería en los próximos días. Les respondí que faltaba al menos un año para el mismo y los periodistas me preguntaron entonces por qué tanto tiempo de preparación. Cuando formulaba mi respuesta pensé también escribir algo de ella para ustedes, queridos católicos habaneros.

La visita del Papa tiene un profundo significado espiritual que saben aquilatar sobre cualquier otra motivación los católicos que han recibido una buena formación cristiana. Pero hay en nuestro pueblo muchos cristianos bautizados en la Iglesia Católica y aun muchos creyentes no bautizados, que carecen no ya de formación religiosa, sino de la más elemental información acerca de la fe y de la religión cristiana. Aún más, hay un auténtico desfase cultural con respecto al catolicismo, al cristianismo y a la religión en general en muchos cubanos con menos de cuarenta años. Esto se da incluso, y resulta entonces más llamativo aun en personas con conocimientos especializados, según su profesión o con una aceptable cultura general.

Una serie interminable de anécdotas puede ilustrar lo que digo. Desde el diálogo entre dos niños, escuchado accidentalmente por el párroco, cuando de pie en la iglesia ante la imagen de Cristo crucificado, trataban de explicarse uno al otro quién habría matado a ese hombre y uno afirmaba que a este lo mataron los «yankis», mientras el otro respondía: no, en esa época no había «yankis», a este lo mataron los «indios». Hasta el joven estudiante universitario que pidió a un compañero católico que lo acompañara a visitar la Virgen de la Caridad y, en el camino, lo asedió a preguntas. Una de las más increíbles fue si a Jesucristo lo había condenado a muerte la Santa Inquisición.

A la primera reacción de sonrisa por la aparente comicidad de estas situaciones, sucede otra preocupación por esas notables ausencias en los patrones culturales de hombres y mujeres que han nacido y vivido en un país occidental de tradición cristiana e ignoran la simbología, el lenguaje y los valores de esa cultura. Pero la situación se vuelve casi dramática cuando nos hallamos, por ejemplo, ante un joven que experimenta un auténtico sentimiento religioso que no logra expresar: si intenta hacer la señal de la cruz, su gesto es un remedo torpe y extraño, si pretende rezar el Padrenuestro tiene que esperar que otro le vaya diciendo en voz alta las palabras para repetir él a cada frase lo escuchado. Estas son escenas cotidianas en nuestras iglesias.

Casi tres décadas sin escuelas católicas, con muy pocos niños y adolescentes en las catequesis parroquiales, con una instrucción escolar basada en la filosofía materialista, sin apenas mención positiva alguna de los grandes temas cristianos en los medios sociales de comunicación, no han logrado borrar los sentimientos religiosos, porque yo me atrevería a decir que el asombro religioso ante el mundo físico en su inmensidad abismal, ante el mundo moral con sus heroísmos y abyecciones y ante uno mismo y su propio misterio existencial, es imborrable del alma humana. Pero sí se ha logrado desvanecer la matriz cultural cristiana de nuestro pueblo dejando en su sitio, para muchos hermanos nuestros, un gran vacío.

El ateísmo llega al hombre con sus argumentos, pero se ve casi siempre forzado a combatir ese asombro inicial y las reflexiones esenciales que él genera. No pocos seres humanos se sienten así en cierto modo como agredidos y, cuando tienen ocasión, vuelven a esa intuición primera, a esos pensamientos básicos de la vida donde la persona humana encuentra sus propias raíces.

Nuestra misión preparatoria a la visita del Papa quiere dar esta oportunidad a aquellos hermanos nuestros que desean expresar su fe y en algún grado reencontrarse a sí mismos. La Virgen de la Caridad: la Madre, la Patria, la Paz, la familia, el papel de la mujer en la vida, la oración, el amor, la confianza, el saber que Dios nos ama, la esperanza... todo se agolpa en el corazón del cubano que ve entrar en la iglesia, mecida por un mar de brazos, la imagen pequeña y familiar que nos dice tantas cosas. Y faltan las palabras y las lágrimas brotan de los ojos. Por eso preparamos con tanto tiempo la visita del Papa, porque hay que dar tiempo al católico sincero y sencillo de nuestro pueblo para que pueda redescubrir su fe, encontrarse consigo mismo y aprender de nuevo a expresar estos sentimientos. A ese cristiano, consciente de la grandeza de su propio ser, debe dirigir su palabra, su mensaje de amor y esperanza, el Papa Juan Pablo II cuando nos visite.

Con mi bendición.